

Las siguientes epístolas, recopiladas de varios autores en un solo volumen, se añaden por primera vez a las obras de San Bernardo. La última, la cuadingentésima sexagésima, cuya autenticidad es cuestionable, no quisimos relegarla al apéndice para no alterar el orden. EDITOR DE LA PATRÍSTICA.

PRÓLOGO A LA SIGUIENTE EPÍSTOLA.

A Francisco M. BANDITIO, de Ariminum, arzobispo de Benevento y eminentísimo cardenal de la Santa Iglesia Romana, Juan Cristóbal AMADUTIUS.

Aquellos que se dedican a las letras y buscan alimentar a los eruditos con obras específicas, se preocupan principalmente por agradar a todos con la variedad de temas y por hacer que lo que interesa a cada uno sea coherente con sus intereses. Eminentísimo cardenal, ves que me he propuesto entretener y deleitar a diversas clases de literatos con algunas obras inéditas; para lograrlo, he planeado publicar desde hace tiempo escritos distintos por su diversidad de idioma, estilo, época y argumento. Por tanto, si hay algo que deba ser especialmente considerado en esta corrupción de los tiempos, que se ha mezclado de manera vil con los avances de las letras y las ciencias, he considerado que son principalmente aquellas cosas que pertenecen a lo sagrado, que muestran la excelencia de la fe o la pureza de las costumbres. Pero, ¿qué gratitud podría obtener si ofreciera tales cosas como un pequeño obsequio a aquellos acostumbrados a juegos y bagatelas (pues no me preocupo por los demás, que están atrapados en comentarios impíos y nefastos, ya que deben ser completamente despreciados) y que desprecian todo lo serio y severo hasta el punto de la náusea? Por lo tanto, surge espontáneamente la idea de elegirte a ti, a quien dedicar y nombrar la epístola inédita del beato Bernardo, abad de Claraval. Tú, que has cultivado con esmero esos estudios que son especialmente apropiados para tu vocación, que has dedicado tantos años a enriquecer la biblioteca del colegio de clérigos regulares de Ariminum con todo tipo de escritores, y que sigues a aquellos autores que ayudan y estimulan tu dignidad preclara y tu gestión pastoral con preceptos y ejemplos, recibirás con gusto esta pequeña obra, que ahora te ofrezco, compuesta por el clarísimo y santísimo alumno de la orden cisterciense. San Bernardo fue tal que parecía haber propuesto instruir a todos los órdenes de hombres con sus epístolas: pues enseñó y formó con sus escritos a laicos, monjes, clérigos, abades, obispos, cardenales e incluso a los sumos pontífices, como Eugenio III, ofreciendo a cada uno documentos muy adecuados para una vida más recta. La epístola que ahora presento es aquella en la que se propone instruir a un laico con varios preceptos de política humana, recta y honesta; muchos de los cuales, al referirse al hombre privado, que cada uno debe sentir que es, por más dignidad que posea, fácilmente cada uno reclamará y adoptará lo que entienda que le conviene particularmente. En ninguna de las otras epístolas o escritos de San Bernardo, abad, se menciona al hombre a quien se dirige esta epístola hasta ahora inédita. Pero quien haya leído con atención las epístolas y otros escritos de este santísimo doctor de la Iglesia, especialmente aquellos que Mabillon propuso como genuinos y distintos de los espurios, no tendrá dificultad en reconocer en esta también la dulzura del estilo, el ardor de la oración, la santidad de la elocuencia, la gravedad de las sentencias, la abundancia de encantos, que se le atribuyen principalmente. Y si alguien se niega a afirmar esto, al menos se verá obligado a admitir que un ansioso imitador del santo escritor escribió esta epístola. La obtuvimos del ilustre Angelo M. Bandini, quien la transcribió de un código membranoso del siglo XIV, de la biblioteca Mediceo-Laurentiana, de la cual es merecidamente responsable, y nos permitió publicarla por su amabilidad. También se encuentra en otros dos códigos de la misma biblioteca, todos los cuales él revisó cuidadosamente; al hacerlo, parece poner en duda la autenticidad de la epístola, tal vez para cumplir con las reglas más estrictas de la crítica, que los eruditos a veces aman con exceso. La biblioteca también posee otros códigos que

contienen las obras de San Bernardo, y aquellas que faltan en la edición de Mabillon. Aunque no son pocas ni insignificantes, y requieren mucho examen y un estudio diligente de comparación, basta con mencionarlas ahora, dejando de lado por el momento los índices de los mismos, que pueden estar disponibles para aquellos que deseen adornar esta tarea en el futuro. Además, en otros lugares también se encuentran otras obras de nuestro santo doctor, que están ausentes en la mencionada edición, y que tal vez podrían ser las mismas que se encuentran en los códices Mediceo-Laurentianos; lo cual solo se podrá lograr con una búsqueda diligente. De hecho, el ilustre Martín Gerberti, abad de San Blas en la Selva Negra, dice en su Itinerario Alemán que en los manuscritos de las obras de San Bernardo conservados en la biblioteca de Augsburgo hay algunas que no aparecen en la edición de Mabillon, y que requieren algún examen. Además, él mismo presenta allí una epístola muy breve, extraída de un código manuscrito del siglo XIII de la biblioteca de Ochsenhausen, que San Bernardo escribe a G. de Stopho, y que se buscaría en vano en la mencionada edición. No deben despreciarse, sino que deben ser altamente valoradas las obras de ese escritor, que cierran la tradición eclesiástica y la serie de los Padres, y que previenen felizmente la barbarie de los escolásticos, que pronto se infiltró en la religión, las ciencias y las letras. Y no te molestará, eminentísimo cardenal, si además añado otra epístola, no escrita por San Bernardo, sino por una dama que dependía de su consejo y disciplina, dirigida a él. No te es desconocido que nuestro santísimo abad mantuvo correspondencia epistolar con muchas mujeres selectas, como lo demuestran sus epístolas revisadas por Mabillon, dirigidas a la reina de Jerusalén, a Matilde, reina de Inglaterra, a Sancia, hermana del emperador de España, a la duquesa de Lorena, a la duquesa de Borgoña, a una tal Ermengarda, condesa de Bretaña, a Ida, condesa de Nevers, a la condesa de Blois, a Beatriz, noble y religiosa dama, a Sofía, virgen, a la abadesa de Faberniac, y finalmente a algunas monjas. Tal vez por descuido del amanuense (a menos que haya sido por otra culpa) el nombre de la dama que escribió esta epístola nos ha sido ocultado; ni nuestras observaciones al respecto han arrojado luz alguna. Esta epístola también nos fue comunicada por el mencionado Bandini, quien se esforzó por extraerla de otro código Mediceo-Laurentiano, también membranoso del siglo XV, y nos permitió publicarla. ¡Cómo desearía que, así como he tratado de mostrarte mi gratitud y obediencia, tú consideraras mi voluntad y respeto con benevolencia! Pero, ¿qué puedo esperar de tu antigua y singular humanidad que ahora no dude en prometerme? Aunque esta humanidad no necesita estímulos ni deja lugar a súplicas, permíteme, eminentísimo cardenal, que ahora considere necesario rogarte encarecidamente que me permitas conservarla siempre, como algo muy querido y valioso para mí, de la misma manera que aquellos que poseen cosas preciosas deben estar preocupados. Adiós.

Dado en Roma, en los Idus de agosto del año de Cristo 1780.

EPISTOLA CDLVI. A RAYMUNDO, SEÑOR DEL CASTILLO DE AMBRUOSIO.

Al noble y afortunado caballero RAYMUNDO, señor del Castillo de Ambruosio, BERNARDO, ya en la vejez, salud.

Solicitas de nosotros consejo sobre el cuidado y modo de gobernar más útilmente los asuntos familiares, y cómo deben comportarse los padres de familia, a lo cual te respondemos. Aunque el estado y el resultado de todas las cosas mundanas están sujetos a la fortuna, no por ello debe omitirse la regla de vida. Escucha, pues, y atiende. Si en tu casa los gastos y los ingresos son iguales, un imprevisto puede destruir su estado. El estado de la casa de un hombre negligente es ruinoso. ¿Qué es la negligencia del que gobierna la casa? Un fuego fuerte encendido en la casa. Examina diligentemente la diligencia y el propósito de quienes administran tus asuntos. Para quien está cayendo, pero aún no ha caído en la ruina, es menos

vergonzoso abstenerse que caer. Revisar frecuentemente lo que es tuyo, cómo está, es gran prudencia. Piensa en el alimento y la bebida de tus animales; pues tienen hambre y no piden. Las bodas costosas traen pérdida sin honor. El gasto en la milicia es honorable; el gasto en ayudar a los amigos es razonable. El gasto en ayudar a los pródigos es perdido. Alimenta a tu familia con comida sencilla, no delicada. Quien se ha vuelto glotón, difícilmente cambiará sus costumbres sino con la muerte. La glotonería es la podredumbre del hombre vil y negligente; la glotonería es el consuelo del hombre diligente y cuidadoso. En los días pascuales alimenta abundantemente, no delicadamente, a tu familia. Haz que el apetito dispute con la bolsa, y ten cuidado de qué abogado eres. Si eres juez entre el apetito y la bolsa, frecuentemente, pero no siempre, falla a favor de la bolsa. Pues el apetito prueba con afectos, y así con testigos no jurados, la bolsa prueba claramente, ya vaciadas las arcas y la despensa, o a punto de vaciarse: entonces juzgas mal contra el apetito, cuando la avaricia ata la bolsa; nunca juzgará rectamente entre el apetito y la bolsa la avaricia. ¿Qué es la avaricia? Su propio homicida. ¿Qué es la avaricia? El miedo a la pobreza. Siempre vivirás en pobreza: el avaro vive rectamente en sí mismo, no perdiendo riquezas, sino reservándolas para otros. Es mejor reservar para otros que perder en uno mismo. Si abundas en grano, no ames el cesto. Quien ama el cesto desea ser el homicida de los pobres. Vende el grano cuando tiene buen precio, no cuando el pobre no puede comprarlo. Vende a los vecinos a menor precio, incluso a los enemigos; no siempre se vence con la espada, sino a menudo con el servicio se vence al enemigo. El orgullo contra el vecino es un rayo; esperas el trueno con la flecha. Tienes un enemigo mortal, estás en prisión, tienes un enemigo, busca tu ojo como guardián. Si tienes un enemigo, no tengas trato con desconocidos. Siempre piensa que el enemigo sagaz piensa en los caminos del enemigo. La debilidad del enemigo no es lugar de paz, sino tregua por un tiempo. Si te sientes seguro de que el enemigo no piensa lo que tú piensas, te expones al peligro. Sobre tus mujeres sospechosas, busca ignorancia, no conocimiento. Una vez que sepas el crimen de tu esposa, ningún médico te curará: mitigarás el dolor por una mala esposa cuando escuches sobre las esposas de otros. Un corazón noble y elevado no indaga en las obras de las mujeres; castigarás a una mala esposa más con risa que con bastón. Una mujer meretriz y anciana anulará todas las riquezas; una mujer anciana y meretriz, si la ley lo permitiera, debería ser enterrada viva. Sobre las vestiduras, nota que una vestidura costosa es prueba de poco sentido. Una vestidura menos llamativa pronto causa tedio a los vecinos: procura agradar por la bondad, no por la vestidura. La petición de una mujer que tiene vestiduras, y de una que las busca, no indica firmeza. Sobre los amigos, ten en cuenta que es mayor amigo quien da lo suyo que quien se ofrece a sí mismo; de estos hay gran abundancia de amigos. No consideres amigo a quien te alaba en tu presencia; si consultas a un amigo, no busques agradarle a él, sino a la razón. Di al consultar a un amigo, así me parece, no precisamente así debe hacerse. Más fácilmente seguirá la reprensión por un mal resultado del consejo que la alabanza por uno bueno. He oído que te visitan juglares, presta atención a lo que sigue. Un hombre que se dedica a los juglares pronto tendrá una esposa cuyo nombre es pobreza. Pero, ¿quién será el hijo de esta esposa? Burla. Si te agrada la palabra del juglar, finge no escuchar y pensar en otra cosa: riendo y gozando de las palabras del juglar ya le has dado un compromiso. Los juglares que insultan son dignos de la horca. ¿Qué es un juglar que insulta mal? Un animal que lleva consigo el homicidio. Los juglares de instrumentos agradaron a Dios. Escucha sobre los sirvientes. Rechaza al sirviente de alto corazón como a un futuro enemigo. Rechaza al sirviente que halaga tus costumbres. Resiste al sirviente y al vecino que te alaban, de lo contrario piensa que te han engañado. Ama al sirviente que fácilmente se avergüenza como a un hijo. Si deseas construir, que te impulse la necesidad, no la voluntad. El deseo de construir no se elimina construyendo, el deseo excesivo y desordenado de construir engendra y espera la venta de los edificios. Una torre completada y un arca vaciada hacen muy tarde al hombre sabio. Si alguna vez deseas vender, ten cuidado

de no vender parte de la herencia a alguien más poderoso, sino mejor a menor precio, a alguien menor. Pero vende todo al que más ofrezca. Es mejor sufrir hambre grave que la venta del patrimonio; pero es mejor vender una parte que someterte a usura. ¿Qué es la usura? Un ladrón legal, que predice lo que intenta. No compres nada en sociedad con alguien más poderoso: soporta pacientemente a un pequeño socio, para que no te asocie con uno más fuerte. Preguntaste sobre el uso del vino. Quien es sobrio en la diversidad y abundancia de vinos, ese es un dios terrenal. La embriaguez no hace nada bien, salvo cuando cae en el lodo. Si sientes el vino, huye de la compañía. Si sientes el vino, busca el sueño antes que la conversación. Quien se excusa con palabras por estar ebrio, acusa abiertamente su embriaguez. Mal se sienta en un joven conocer los vinos. Huye del médico lleno de ciencia, no probado en la práctica. Huye del médico ebrio. Cuídate del médico que quiere experimentar en ti cómo curará a otros de una enfermedad similar. Deja los perros muy pequeños. Los perros guardianes son útiles para los clérigos y las reinas. Los perros de caza cuestan más de lo que aportan. No establezcas como administrador de tus bienes a alguien que tenga hijos. Pero dirás: Si la fortuna se vuelve adversa, ¿de qué sirve la doctrina de vida? Escucha lo que he visto de esto: los necios omiten la continencia y finalmente se excusan bajo la fortuna; y a veces llega la fortuna, pero quien sigue la doctrina rara vez acusará a la fortuna. Rara vez asociarás la diligencia con la desgracia, y más raramente separarás la desgracia de la pereza. El perezoso espera ser ayudado por Dios, quien mandó vigilar en el mundo. Tú, por tanto, vigila, y compensa la ligereza de gastar con la gravedad de ganar. Se acerca la vejez; te aconsejo que te confíes más a Dios que a tu hijo. Dispones un legado; te aconsejo que mandes que se pague primero a los servidores que a los sacerdotes. No confíes tu alma a quienes aman tu persona. Confía tu alma a quien ama su alma. Dispón de tus bienes antes de la enfermedad; a menudo alguien se convierte en esclavo de la enfermedad, y el esclavo no puede testificar. Libre, por tanto, testifica antes de convertirte en esclavo. Te basta lo dicho sobre los testamentos. Sobre los hijos, escucha. Muerto el padre, buscan la división, si son nobles; a menudo es mejor su dispersión por el mundo que la división de la herencia. Si son trabajadores, que hagan lo que quieran; si son comerciantes, es más segura la división que la comunidad, para que la desgracia de uno no se impute a los demás. La madre tal vez busca volver a casarse; actúa neciamente; pero para que lamente sus pecados, ojalá ella, anciana, tome a un joven, pues no la buscó a ella, sino a sus bienes; obtenidos estos, beberá con él la copa de dolor que deseó, a lo que la llevará la meta de su vida, una vejez condenable. Amén.

Gracias a Dios.

(Las cartas de una dama se pueden ver más adelante entre las epístolas de diversos a San Bernardo, bajo el número 477.)

EPISTOLA CDLVII. A TODOS LOS FIELES. Sobre la expedición a Tierra Santa. Designa la fiesta de los Santos Pedro y Pablo para reunirse en Magdeburgo. (Año 1147.)

A los reverendos señores y padres arzobispos, demás obispos y príncipes y a todos los fieles de Dios, BERNARDO, llamado abad de Claraval, espíritu de fortaleza y salvación.

No dudo que se haya oído en vuestra tierra, y se haya divulgado con gran fama, cómo Dios ha suscitado el espíritu de los reyes y príncipes para hacer venganza en las naciones y extirpar de la tierra el nombre cristiano... ¡Gran bien, gran abundancia de la divina misericordia! Sin embargo, el maligno lo ve y envidia a su manera; rechina los dientes y se consume; pierde a muchos de aquellos a quienes tenía atados con varios crímenes y maldades: los más perdidos se convierten, apartándose del mal, dispuestos a hacer el bien. Pero teme otro daño mucho

mayor por la conversión de las naciones, cuando oyó que la plenitud de ellas entrará, y todo Israel será salvo. Este tiempo le parece inminente, y con toda su astucia se esfuerza en cómo oponerse a tan gran bien. Por tanto, ha suscitado una semilla maligna, hijos malvados paganos, que, con el debido respeto, la fortaleza de los cristianos ha soportado demasiado tiempo, disimulando sus insidias perniciosas, sin aplastar con el talón sus cabezas venenosas. Pero, como dice la Escritura: Antes de la ruina se exaltará el corazón, sucederá, si Dios quiere, que su soberbia pronto será humillada, y no por ello se impedirá el camino a Jerusalén; porque el Señor ha confiado a nuestra pequeñez la predicación de esta palabra de la cruz, por consejo del rey, los obispos y príncipes que se reunieron en Frankfurt, anunciamos que se arme la fortaleza de los cristianos contra ellos, y para destruir por completo, o al menos convertir a esas naciones, reciban el signo de salvación, prometiéndoles la misma indulgencia de pecados que a aquellos que se han dirigido a Jerusalén. Y muchos fueron marcados en ese lugar, y a los demás los incitamos a la obra, para que los cristianos que aún no han sido marcados para el camino a Jerusalén, sepan que obtendrán la misma indulgencia en esta expedición, si cumplen en ella según el consejo de los obispos y príncipes. Prohibimos de todas formas que hagan alianza con ellos, ni por dinero ni por tributo, hasta que, con la ayuda de Dios, se elimine el rito o la nación. A vosotros, arzobispos y vuestros coobispos, os hablamos, oponed todo, para que llevéis la mayor preocupación por esto, y cuanto podáis, poned empeño y diligencia para que se haga valientemente; y según Dios sois ministros de Cristo, y por eso se os exige con más confianza que vigiléis el negocio que os concierne. Nosotros también lo rogamus y suplicamos mucho en el Señor. Y será la observancia de este ejército, tanto en vestiduras, armas, arreos y todo lo demás, la misma que la del otro ejército, pues los protege la misma retribución. A todos los reunidos en Frankfurt les pareció bien que se llevara por todas partes un ejemplar de estas cartas, y que los obispos y presbíteros lo anunciaran al pueblo de Dios, y los marcaran y armaran con el signo de la santa cruz contra los enemigos de la cruz de Cristo, que están más allá de los Alpes, quienes deben reunirse en la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo en Magdeburgo.

EPISTOLA CDLVIII. A WLADISLAO DUQUE, MAGNATES Y PUEBLO DE BOHEMIA. Invita a todos a la expedición a Jerusalén, y encomienda el mismo asunto al obispo de Moravia. (Año 1147.)

Al duque WLADISLAO, demás nobles y todo el pueblo de Bohemia, BERNARDO, llamado abad de Claraval, salud en Cristo.

Tengo un mensaje para vosotros sobre el negocio de Cristo, en el cual está también la verdadera salvación. Lo que digo, que la autoridad del Señor excuse ante vosotros la indignidad de la persona que escribe; que lo excuse la consideración de vuestra utilidad; que lo excuse la intención de caridad que hay en nosotros. Soy pequeño, pero no deseo poco que todos vosotros estéis en las entrañas de Jesucristo. Este celo me urge a escribir lo que con más gusto inscribiría en vuestros corazones con mi voz viva, si, como no falta la voluntad, también tuviera la capacidad. Pero el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. El cuerpo corruptible no puede obedecer al deseo del alma, ni la velocidad del espíritu puede ser acompañada por la masa terrena; pero de qué nos quejamos, una parte de nosotros está ausente de vosotros; pero la parte más útil, nuestro corazón, se ha extendido hasta vosotros, aunque el cuerpo pesado está detenido por la distancia de las tierras. Escuche, pues, toda vuestra comunidad la buena palabra, escuche la palabra de salvación, y abraza con ciertos brazos devotos del alma la abundancia de indulgencia ofrecida. Pues este tiempo no es similar a los tiempos que han pasado hasta ahora; ha venido del cielo una nueva abundancia de misericordia divina; ¡bienaventurados aquellos a quienes encuentra vivos el año agradable al Señor, el año de la remisión, el año jubilar! Os digo, el Señor no ha hecho tal cosa a toda

generación pasada, ni ha derramado tan copioso don de gracia sobre nuestros padres. Ved con qué arte se utiliza para salvaros; considerad el abismo de piedad, y asombraos, pecadores: se hace tener necesidad, o la tiene, o la simula, mientras viene del cielo a socorrer vuestras necesidades; este consejo no es de hombre, sino que ha salido del corazón de la piedad divina. La tierra se conmovió y tembló, porque el Señor hizo perder su tierra. Suya, digo, [suppl. en la que] fue visto y más de treinta años conversó como hombre entre los hombres. Suya, que honró con su nacimiento, iluminó con milagros, dedicó con sangre, enriqueció con sepultura. Suya, en la que se oyó la voz de la tórtola, cuando el Hijo de la Virgen recomendó el estudio de la castidad. Suya, en la que aparecieron las primeras flores de la resurrección. Esta tierra de promisión han comenzado a ocupar los malignos, y si no hay quien resista, apuntan al santuario de nuestra religión, y tratan de mancillar el mismo lecho, en el que por nosotros durmió nuestra vida en la muerte, y profanar los lugares santos, lugares, digo, del Cordero inmaculado purpurados con sangre. Escuchad algo más que debe mover cualquier corazón duro de un cristiano. Nuestro Rey es acusado de traición; se le imputa que no es Dios, sino que falsamente simuló lo que no era. ¿Quién de vosotros es su fiel, levántese, defienda a su Señor de la infamia de la traición impuesta; entre en un conflicto seguro, donde sea gloria vencer y ganancia morir. ¿Por qué os demoráis, siervos de la cruz, por qué disimuláis vosotros, a quienes no falta ni la fortaleza de los cuerpos ni la sustancia terrena? Recibid el signo de la cruz, y el sumo pontífice os ofrece la plena indulgencia de todos los pecados de los que hayáis hecho confesión con corazón contrito, vicario de aquel a quien se dijo: Lo que ates en la tierra, será atado en el cielo. Recibid el don ofrecido, y apresuraos a anticiparos unos a otros a la irrecuperable oportunidad de indulgencia. Os ruego y aconsejo, que nadie quiera anteponer sus propios asuntos al negocio de Cristo, ni por aquellos que en otros tiempos pudieron o podrán ejercerse, omita aquel que no podrá recuperarse más. Y para que sepáis cuándo, dónde, cómo se debe ir, escuchad brevemente: en la próxima Pascua partirá el ejército del Señor, y una parte no pequeña ha propuesto ir por Hungría. También se ha establecido que nadie use vestiduras de colores o grises, ni siquiera de seda; ni se ponga nada de oro o plata en los arreos de los caballos, solo en los escudos y en la madera de las sillas, que usarán; cuando vayan a la guerra, se permitirá a quienes quieran poner oro o plata, para que el sol brille en ellos y con terror se disipe la fortaleza de las naciones. Esto debería haberse tratado más copiosamente y con más amplitud, si no fuera porque tenéis entre vosotros al señor obispo de Moravia, un hombre santo y docto, a quien queremos que se le ruegue que, según la sabiduría que le ha sido dada por el Señor, se esfuerce en exhortar más diligentemente a toda vuestra comunidad sobre esto. También enviamos un ejemplar de las cartas del señor papa, cuya amonestación debéis recibir con oído atento, y observar sus decretos. Adiós.

EPISTOLA CDLIX. A G DE STOPHO.

BERNARDO, llamado abad de Claraval, al amado hijo en Cristo G. de STOPHO, salud y oraciones.

Nuestro queridísimo hijo, tu hermano Enrique, se ha dirigido a nosotros, y con nuestro consejo no ha abandonado el propósito del signo de salvación que había recibido. Pero mucho mejor: pues hecho pobre por el pobre Cristo, ha dispuesto vivir en la casa de los pobres de Cristo bajo el hábito de la religión. Lo cual no debe parecerte ni grave ni áspero, porque él, con María, ha elegido la mejor parte, que no le será quitada, y ha asumido el rostro de quien verdaderamente va a Jerusalén, no la que mata a los profetas, sino aquella cuya participación es en lo mismo. Consuélate, pues, con estas palabras y recuerda lo que últimamente habéis hablado entre vosotros. Y actúa con él en todo de manera que obtengas gracia de nosotros y de él, y misericordia de Dios. Adiós, siempre amado.

ADVERTENCIA A LA SIGUIENTE EPÍSTOLA.

Por varios historiadores, como en Carlos Visch, y los editores de las obras del mismo santo abad, hemos sido informados de que se conservan en manuscritos muchas otras obras de San Bernardo, aún no publicadas y que permanecen ocultas aquí y allá. Sin embargo, como esta epístola se lee en uno de nuestros códices del siglo XIII, escrito en pergamino, entre varias otras obras ya publicadas, y muchas atribuidas a San Bernardo, dudosas o supuestas, como son De interiori domo, De conscientia aedificanda, y Sermón sobre la doctrina de San Bernardo a un monje suyo, nos hemos preocupado de publicarla, para que no permanezca oculta en el polvo.

Desconocemos quién es el hermano N., a quien San Bernardo escribió esta carta, ya que no sabemos a qué lugar o monasterio se dice que pertenece. Sin embargo, tememos que sea de algún solitario, ya que habla de la soledad en el documento 11.

EPISTOLA CDLX. A N

En Cristo a su amado hermano N., hermano BERNARDO, en el Señor, viviendo en Cristo con el viejo hombre ya despojado, y muriendo al mundo.

Puesto que, amado hermano mío en el Señor, aún estando yo en penitencia, me has suplicado insistentemente que te visitara en el futuro con algunas pequeñas cartas de exhortación espiritual, sé, hermano, que al decir esto amontonas carbones ardientes sobre mi cabeza. Sin embargo, insistiendo afectuosamente, con toda tu humilde súplica has vencido mi dureza y orgullo, hasta el punto de que ahora te prometo lo que deseabas, aunque sería más digno que yo recibiera esto de ti que enviarte algo así. No obstante, la insistencia de tu devoción me ha obligado a hacerme tonto en esta parte, como pueda, intentaré hacer lo que exhortas. No te escribiré otras cosas espirituales, sino aquellas, aunque rudas y simples, que me proponía recoger para mí. Pero mientras tanto, hablo a tu amor, ya que nadie, como tú bien sabes, puede servir perfectamente a Dios, a menos que procure completamente desligarse del mundo. Es necesario, si queremos seguir al Salvador, escuchar la voz del profeta, para que, disueltas las ataduras de la impiedad, desatemos los fardos opresores, sigamos al Redentor, porque según el testimonio del Apóstol: Nadie que milita para Dios debe enredarse en los negocios terrenales (II Tim. II, 4). Nunca, por tanto, permitamos que nuestro corazón esté preocupado por alguna cosa creada, a menos que en cuanto sean incitantes de nuestro afecto al amor divino. Porque la múltiple variedad de las cosas pasajeras, rumiada más de lo debido, no solo interrumpe la paz del alma y la grata quietud de la mente, sino que también, al generar fantasmas de las cosas, con la molestia de una agitación turbulenta, empuja importunamente al cuerpo. Pero más bien, después de haber dejado la carga onerosa del afecto de todas las cosas terrenales, sin la pesadez del recuerdo, corramos hacia aquel que nos invita, en quien está la rica refacción de las almas, y la paz suprema, que sobrepasa todo entendimiento. Venid, dice, a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. ¡Oh admirable dignación de nuestro Dios! ¡Oh amable mansedumbre! ¡Oh caridad inefable! ¿Quién de los hombres ha hecho tales cosas? ¿Quién ha oído jamás, quién ha visto cosas semejantes? He aquí que invita a los enemigos, exhorta a los culpables, atrae a los ingratos: Venid, dice, a mí, tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso (Mat. XI, 19). ¡Oh palabras dulcísimas! ¡Oh palabras suavísimas! ¡Oh palabras divinas, y más penetrantes que toda espada de dos filos, que evisceran las entrañas, llenas de dulzura hasta la división del alma! Despierta, pues, ahora, alma cristiana, al amor de tanta benignidad, al sabor de tanta dulzura, al olor de tanta suavidad. Ciertamente, si no siento esto, estaré enfermo, ya próximo

a la muerte. Arde, te ruego, alma mía, engorda, endulza en la misericordia de tu Dios. Arde con fervor, engorda con amor, y endulza con sabor. Nadie te impida atraer, retener y gustar en ti. ¿Qué más buscamos? ¿Qué esperamos? ¿Qué deseamos más? En esto solo tenemos todos los bienes. Pero, ¡oh, nuestra admirable locura! ¡Oh, miserable debilidad! ¡Oh, detestable insensatez! Pues somos llamados al descanso, y seguimos el trabajo, somos invitados al deleite, y seguimos el dolor; se nos promete gozo, y nos enredamos en la tristeza. ¡Miserable debilidad, y perversidad más miserable! Ya nos hemos vuelto casi insensibles, casi peores que los ídolos, teniendo ojos, y no viendo; oídos, y no oyendo; razón, y no discerniendo; poniendo lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo. ¿Oh Dios, ahora para nosotros corrección de tanta perversidad? ¿De dónde para ti satisfacción de tanta ofensa? Ciertamente, nada de esto se encuentra en nosotros, a menos que nos sea otorgado por tu don: pues solo tú puedes satisfacer por nuestros delitos, que solo conoces nuestra hechura, nuestra salvación y redención. Que solo haces esto en aquellos que, viéndose miserables, confían que solo por ti pueden ser aliviados. Levantemos así a Dios los ojos de nuestra mente en línea recta, y veamos dónde estamos ahora postrados, pues quien ignora su propia caída, menos se preocupa por levantarse. Conociendo, pues, clamemos a Dios desde lo profundo, para que nos extienda la mano auxiliadora de su misericordia, que nunca pudo acortarse para salvar. No, te ruego, perdamos la confianza que tiene gran recompensa. Acerquémonos al trono de su gracia con confianza, obteniendo el fin de nuestra fe, la salvación de nuestras almas. No haya en nosotros duda alguna, ya nos llama la salvación, nos espera la tribulación, nos urge entrar. ¿Qué hacemos, pues? ¿Por qué nos demoramos? Apresurémonos a entrar en aquel descanso de eterna alegría, de festividad suprema, de interna refacción donde hay grandes, e inescrutables, y maravillosas cosas cuyo número no es. Suba Jerusalén sobre nuestro corazón. Suspiramos por nuestra patria, tendamos hacia arriba a nuestra madre, entremos en las potencias del Señor, y contemplemos a nuestro rey manso reinando sobre todo, y se derretirán en sus misericordias nuestros corazones. Démosle gracias con todo el corazón, que considerando nuestra debilidad no nos ha retirado la piedad de su misericordia, dándonos el deseo de correr hacia él, lo cual no es un don por ser otorgado, sino que debe ser considerado como gracia. Con esto se afirma que el profeta excelso lo deseaba: Mi alma ha deseado tus justificaciones en todo tiempo (Sal. CXVIII, 20), sin la cual este mismo deseo, descuidado por nuestra negligencia, languidece por alguna excesiva tibieza. He pensado en anotar algunas memorias de estas incitaciones, en las que se manifiestan tanto lo que se debe evitar como lo que se debe alcanzar. Que, contemplándolas diariamente con afecto, con el vigor de antaño retomado, crezcamos infatigablemente en virtudes y gracias en la caridad divina. Hasta que llegue el deseo perfecto de las colinas eternas. Estas son, pues, ciertas virtudes innumerables, y saludables escaleras, por las cuales sin duda se puede ascender a la perfección de las virtudes, y al culmen, fielmente excitados por ellas, a saber, la santa vergüenza en todas sus palabras y acciones. Lentitud para hablar, prontitud para obedecer, frecuencia de oración, huir del ocio, y disoluciones, confesar pura y frecuentemente, servir con gusto, evitar la compañía infructuosa. Estas son perlas resplandecientes, que hacen a su poseedor grato a los ángeles y a los hombres, mientras le plazca a aquel que te separó del vientre de tu madre (Gál. I, 15), y te llamó por su gracia, para revelar en ti la imagen de su Hijo, trasladándote de la miserable servidumbre egipcia a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, como en el camino del nuevo hombre comiences a poner el pie, que está constituido entre el temor y el amor en la senda de la humildad, entonces, ascendiendo por el mismo camino de la humildad a cosas más elevadas, podrás ejercitarte en cosas más altas. De las cuales se siguen otras memorias.

Es necesario, pues, primero que todo, que tú, deseado seguir las huellas del Salvador, tengas toda tu esperanza fijada en el Señor, desesperes de todas las cosas de este mundo. Segundo,

que de todos los vicios y malas concupiscencias, en cuanto lo permite la condición humana, te esfuerces por corregirte completamente, para que, purgado el viejo fermento de toda malicia y maldad, camines en novedad de vida (I Cor. V, 7), tras Cristo, lo cual, a menos que primero rompas las cadenas de esta iniquidad, tu alma, agravada en las tinieblas, no podrá elevarse a las cosas celestiales. Tercero, que te desates de toda atadura externa, para que puedas unirte a Dios con la mente. Cuarto, que por amor del Altísimo soportes con ecuanimidad todas las persecuciones del mundo, si es posible, aceptando todas por deseo solo en las pasiones de Cristo; rechazando la alegría temporal, te regocijes en las mismas tribulaciones; considerando todas preparadas para la purificación de tus pecados y el luto de tu alma. Quinto, que cuando sientas que eres deudor a tu Creador, no pidas que se te haga razón de ninguna cosa creada. Sexto, que teniendo desprecio de ti mismo, y deseando ser tenido por todos, prefiriendo la santísima pobreza en todo lo que te concierne, tengas aspereza, vileza y parquedad cuanto puedas. Sin embargo, no lo busques en los demás, sino más bien alegre y gozoso de toda consolación fraterna, si es necesario, sirviendo, asistiendo, asistas a ellos, considerando que son dignos de toda consolación, a menos que falte, que en algo haya ofensa divina, que carecería de toda excusa, de la cual, sin embargo, compadeciéndote y temiendo desde lo más profundo del corazón, te duelas cuanto puedas. Séptimo, que viviendo en todo tiempo en temor, huyas de las lisonjas de este siglo, honores, glorias o favores, y las auras de vana gloria, que son potaciones mortíferas, con todo tu poder, permaneciendo continuamente en ti mismo, teniéndote siempre sospechoso. Que si has alcanzado la gloria de ti mismo, ningún enemigo interior o exterior te dañará. Octavo, que por amor de aquel que, siendo Señor de todos los celestiales, terrenales e infernales, por nosotros asumió la forma de siervo vilísimo, sometiéndose voluntariamente al hombre en los pecados, humillándote a ti mismo, consideres a todo hombre tu señor, y te consideres vilísimo siervo de los hombres, y en todo respecto a todos te consideres como siervo. Así, obteniendo tranquilidad y paz con todos, ignorarás completamente el escándalo. Noveno, que no toques nada de lo que no te toca con utilidad espiritual, es decir, que no te preocupes por nada, ni te impliques en algo interior o exterior de ninguna manera, donde no encuentres ganancia para tu alma, ni permitas que en tales cosas te implique alguien. Décimo, que pongas total abstinencia a la vista, la boca y los demás sentidos del cuerpo, de modo que no te esfuerces por ver, oír o tocar nada, salvo lo útil para tu alma; también restringirás perfectamente la lengua, de modo que no hables en absoluto, salvo cuando seas interrogado, o por necesidad, o evidente utilidad, y entonces con reverencia, temor y dulzura del alma brevemente, y humildemente, si puedes, evitando la prolijidad de las palabras, y cortando su ocasión cuanto puedas. Undécimo, que poseas la grata y santa soledad en todo tiempo, y con la operación de las vigiliatengas preciosa en ellas, ofrezcas siempre tus oraciones a Dios con atención de las palabras, fervor de devoción y profunda humildad. Duodécimo, que cuando debas celebrar el oficio divino, haciéndolo así, te olvides de todas las cosas terrenales cuanto con mente fija e inmóvil insistas en los misterios celestiales con tanta reverencia, devoción y temor los cumplas, que constituido entre las huestes de los ángeles, ofrezcas principalmente alabanzas al divino conspecto con ellos. Decimotercero, que teniendo en la más alta veneración a la gloriosa reina, madre de nuestro Señor, en todo tiempo, en todos los momentos de necesidad y angustia, como a un singular y segurísimo refugio te dirijas a ella con confianza, pidiendo el amparo de su tutela, y tomándola como tu abogada devotamente, y con seguridad le confíes tu causa, que es madre de misericordia, esforzándote diariamente por agradarle, y exhibiéndole reverencia espiritual y singular, y que tu devoción le sea aceptable, y tu reverencia grata, esforzándote con todo tu esfuerzo en seguir sus huellas de pureza, mente y cuerpo inmaculados en ti mismo. Decimocuarto, que nunca evites a todas las mujeres jóvenes e imberbes, salvo por causa de necesidad o manifiesta utilidad, eligiendo en cualquier lugar donde estés un padre para ti, uno discreto, santo, manso y piadoso, docto en la experiencia de

la obra, y que posea la sublimidad del discurso, que te instruya con palabras y ejemplos eficaces y ardientes al amor divino, a quien también en todas tus necesidades puedas recurrir, y obtener consuelo espiritual. Decimoquinto, que toda frialdad de tristeza o acedia, en la que se oculta el camino de la confusión, que conduce a la muerte, la alejes de ti mismo con el mayor esfuerzo, interior y exteriormente siempre sereno. No contradiciendo de ninguna manera a nadie en algo, ni resistiendo, sino más bien descansando completamente en todo, siempre que no se opongan a la alabanza divina o a la salvación del alma. Decimosexto, que conformando todas tus afecciones y voluntades a la voluntad divina, todo te edifique en este mundo por la gracia de la pureza e inocencia divina otorgada por su don, y nunca perturbado más de lo debido por los defectos de los demás, añadiendo iniquidad a la iniquidad, te contamines con las inmundicias ajenas, no sea que, mientras desees liberar a otros del mar, tú mismo caigas peor en el abismo, por tanto, a quienes no puedes ayudar sin detrimento, cubriéndolos con caridad benigna, déjalos a la suma sabiduría, que sabe elegir el bien de cualquier mal, así en todos los bienes y males espirituales, con la ayuda de Dios, podrás encontrar provecho. Decimoséptimo, que guardes tu corazón con toda vigilancia, dedicado solo a los ejercicios espirituales, que ninguna imagen de cosas visibles se imprima en ti, para que, ajeno a todas las criaturas, libre puedas dedicarte al Creador de todo. Decimoctavo, que considerando la imagen y semejanza de la majestad divina en todos los hombres, ames a todos con íntimo afecto de caridad y cuides de todos, especialmente de los enfermos y de cualquier necesitado, siempre que no se produzca en ti una destrucción nociva en lo espiritual, como una buena madre ama y cuida a su único hijo predilecto. Decimonoveno, que continuamente tengas tu mente ordenada con Dios, que todo tu tiempo, tanto el ejercicio de la mente como del cuerpo, sea oración, y que todos los ejercicios, servicios, y especialmente los más humildes o bajos, los hagas con tanto fervor de caridad, como si los ofrecieras corporalmente a Cristo, lo cual ciertamente puedes y debes, y verdaderamente pensar, porque Cristo dice en el Evangelio: Lo que hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Vigésimo, que exhibas a todos honor y reverencia tanto debida como devota, y que la santísima norma de obediencia no solo en grandes y arduas cosas, sino también en las más pequeñas, que estudies guardar como la pupila de tu ojo, obedeciendo no solo a los mayores y prelados, sino también sometiéndote a todos, negándote a ti mismo por Cristo en todo y en diferentes cosas, esforzándote por hacer la voluntad, no mostrándote en nada oneroso a nadie, sino más bien en la caridad de Cristo, amando a todos, haciéndote comúnmente grato a todos, huyendo de las afabilidades, amistades, familiaridades singulares, sobre todo cuidando de no ser nunca por palabra, hecho o gesto, causa u ocasión de rencor, odio, clamor, injuria, turbación, murmuración, detracción, escándalo, o adulación, y de cualquier cosa similar de ninguna manera, ni por ti ni por otro. Vigésimo primero, que las virtudes o gracias espirituales, que por ti o en ti la divina largueza se digna obrar, las tribulaciones y las batallas de las virtudes, que se proponen, y cosas similares, estudies ocultarlas cuanto puedas, excepto aquellas que deben ser descubiertas en la propia acusación al sacerdote propio, a menos que tal vez a algún amigo espiritual y probado le reveles la causa de utilidad espiritual, cuyo consejo o doctrina creas que puede conferirte en esto, siempre solícito de robar tiempo en todas partes, para que puedas dedicarte a la oración solitaria, y sentado en silencio, elevado por el deseo a las cosas superiores. Vigésimo segundo, que libre de todo, no deseando poseer nada, ya despreciando todas las cosas queridas, con tanto esfuerzo de mente y fervor de deseo te dirijas al Creador de todo, que olvidado de todas las cosas inferiores, lo que hagas dondequiera que estés, y en cualquier negocio que te implique, día y noche, en todo momento y a toda hora tengas siempre a Dios en la memoria, creyendo y pensando que estás siempre verdaderamente ante él, y pensando que él te ve por todas partes, piensa esto con la mayor reverencia, temor y temblor, con suma discreción y ardentísimo amor, ahora postrado ante los pies de su inmensa majestad con el

corazón amarguísimo pidiendo perdón por los pecados; ahora traspasado por la espada de la compasión a la sacratísima pasión del Hijo de Dios, apareciendo ante su cruz herido con él, lloroso y lamentable; ahora proponiendo el curso de toda tu vida a tu oblicuidad, como línea de rectitud; ahora considerando con la mente sus innumerables e inmensos beneficios, insistiendo en acciones de gracias; ahora herido por los estímulos de algún amor ardentísimo, contemplándolo en todas las criaturas; ahora atendiendo a su poder, ahora a su sabiduría, ahora a su bondad y clemencia, alabándolo magníficamente en todas sus obras; ahora atraído por el deseo de la patria celestial, suspirando con gemidos; ahora considerando las entrañas de su inestimable caridad hacia nosotros, con alegre y excelentísima admiración, desfalleciendo en Cristo con el corazón y el alma; ahora sosteniéndote huyendo precipitadamente, ahora sosteniéndote, levantándote y atrayéndote; ahora considerándote ingrato en todo, con las entrañas de la misericordia divina abiertas para ti, entregándote completamente a él en ardor de caridad, disolviéndote en lágrimas; ahora atendiendo diligentemente a los juicios ocultísimos, profundísimos, admirabilísimos y sumamente asombrosos de su justicia, alabándolo en todos los crímenes, y constante con sumo amor, descendiendo suplicante y humildemente venerándolo sobre todo, o continua y viva memoria de su sacratísima pasión. Vigésimo tercero, que vigiles en todo tiempo sobre tu custodia de las fraudes del antiguo enemigo, que a menudo se transforma en ángel de luz, tendiendo lazos y redes en todo camino de los hombres, para poder capturar nuestras almas, huyendo con la más cautelosa solicitud de los lazos de los cazadores, como el gorrión, y con tanta humildad santa en tus ojos te hagas, que ni las redes más sutiles puedan contenerte, de las cuales ciertamente podrás liberarte ileso, cuando te hayas convertido en Israel, viendo continuamente a Dios con los ojos mentales, porque ni dormitará ni dormirá su guardián. Vigésimo cuarto, que manteniendo el rigor incansable del santo instituto, encendido por los sagrados ardores de los deseos celestiales, conservando ilibadamente la belleza de la pureza de mente y cuerpo, la pureza de la inocencia, la rectitud de la conciencia, manteniendo el cuidado más diligente, para que nunca en nada te arrepientas. Para conservar esto más diligente y puramente, con la discusión diaria examina tu vida siete veces al día, siempre viendo después de cada hora canónica, si tu caminar es digno de Dios sin mancha de justicia y santidad. Y como no hay nadie que guarde así la justicia y la disciplina, que no descuide ni omita nada en absoluto, por eso es necesario que, recurriendo al lavacro de la penitencia, con dolor y gemido insistas muy a menudo en tu acusación, en la cual, como en la confesión, íntegra, verdadera y pura, sin ningún velo de excusa o ocultación, enumerando por orden todos tus defectos, como diciendo al sacerdote de Dios con tu propia boca, intimando, narrando tus propias omisiones, que has hecho en lo que es para Dios, y especialmente en la oración, cuanto al acto suplicante mental y vocal, defectos en la observancia de la justicia cuanto al primero, después de esto las comisiones que has hecho por la mala custodia de los sentidos, y las afecciones y pensamientos adyacentes a los sentidos. La cual confesión siempre debe acompañar la contrición y la satisfacción; te duelas de las ofensas no solo grandes, sino también pequeñas, y dolido evites reiterar la culpa, siempre estudiando cortar las causas y ocasiones del pecado, por más que por amor te parezcan estar unidas, lo cual, según la justicia del Salvador, la sentencia, debe ser arrancado el ojo que escandaliza, más bien las ocasiones del pecado, que nos parecen sumamente deleitables, aunque nos desagraden mucho sus afectos, de donde es fortísimo en esta lucha el combate.